

ALFAGUARA

Óscar Bustamante

El jugador de rugby



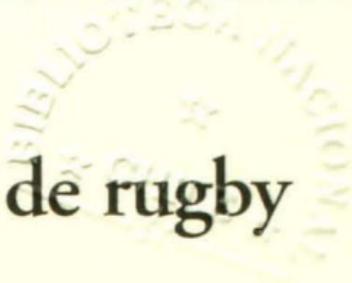
El jugador de rugby

ALFAGUARA



Óscar Bustamante

El jugador de rugby



ALFAGUARA



© 2008, Óscar Bustamante

© De esta edición:

2008, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.

Dr. Aníbal Ariztía, 1444

Providencia, Santiago de Chile

Tel. (56 2) 384 30 00

Fax (56 2) 384 30 60

www.alfaguara.com

ISBN: 978-956-239-570-0

Inscripción N° 169.817

Impreso en Chile - Printed in Chile

Primera edición: abril 2008

Diseño de cubierta:

Ricardo Alarcón Klaussen

Diseño:

Proyecto de Enric Satué

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*Mi agradecimiento a Carolina Rivas y
Rodrigo de Castro,
que me devolvieron la fe en esta novela.*

Índice

Trimestre de otoño	11
Vacaciones de invierno	95
Trimestre de invierno	123
Vacaciones de primavera	183
Trimestre de primavera	209
Estadía en el Soho	277

Trimestre de otoño

Supé que habíamos llegado cuando el Buick disminuyó la velocidad frente a un arco de piedra coronado por un escudo también de piedra y luego, lentamente, comenzó a ascender la colina bajo las sombras de una avenida de inmensos troncos de encina. A media falda vi por primera vez el edificio de tres pisos: una torta gris entronizada sobre un prado salpicado de tipos disfrazados con chaquetas de franjas verticales azules y verdes que siguieron atentamente el recorrido del automóvil hasta que se detuvo junto a la escalinata. Me envolvió un silencio espeso y, como en una película antigua, escuché el chirrido de los neumáticos contra la grava; un ruido estridente y desagradable, algo así como cuchillos restregándose contra baldosas. Luego, cuando mi padre abrió la puerta y el golpe metálico sentenció –sin lugar a dudas– que se iniciaba una nueva etapa de mi vida, la voz alegre de mamá lanzaba frases al aire del tipo «Antonio, mi amor, mira qué linda vista», y demás tonteras como ésa.

Paralizado, sin ánimo, observé el lento acercarse de los gringos desde todas las direcciones, con sonrisas forzadas en sus labios, los ojos entrecerrados, buscando en mí señales de debilidad. En ese momento atrapé la piedra negra de manchas celestes y verdes que escondía al fondo del bolsillo, esa que recogí en el río aquella tarde que fui a despedirme de un mundo que yo sospechaba no volvería a habitar nunca más. El sol se escondía tras los cerros en medio de aquel silencio de

tristeza que casi se podía tomar con los dedos. Entonces, la piedra del tamaño de un huevo de codorniz brilló en el fondo del pozón. Fue apenas un destello, como el anuncio de la primera estrella en el cielo. Me sumergí en la oscuridad del agua y ella volvió a lanzar otra luz para guiarme a su lecho; la recogí y luego, de espaldas, me dejé llevar por la corriente. Sobre mí, muy arriba, una bandada de patos negros aceleraba su vuelo rasante rumbo al oriente y al fondo del valle, en la cordillera de los Andes, los volcanes recogían en las nieves eternas los últimos fulgores del sol que agonizaba tras los cerros ocre de la otra cordillera, la de la Costa.

Apreté la piedra para sentir que estaba allá y no en Glee Hill, junto a mamá, tan coqueta y bonita, con su vestido azul salpicado de flores blancas y el sombrero ancho, tipo capelina, que se pone cuando sale a caminar por la Alameda en las tardes de verano, mientras allá arriba, al final de la escala de piedra, el cura director la observaba de reojo y agitaba sus pies bajo las sotanas como si estuviese bailando en cámara lenta. Mi madre hace lo mismo con todas las personas; las encanta. Lo hace especialmente con mi padre, cada vez que le pide algo que quiere conseguir a toda costa. A mí me vuelve loco de rabia.

El cura director volvió a agitar los pies y luego descendió la escalinata con los brazos abiertos. Entonces, mi madre se convirtió entera en dulzura; entrecerró los ojos y, con un delicado giro de la cabeza, lanzó su pelo castaño a volar. Cuando extendió su mano hacia el director, le regaló la sonrisa que no borraría de su cara hasta despedirse una hora más tarde.

En medio de la terraza, rebosante de su alegría forzada, mamá se detuvo y le preguntó a mi padre: «Qué

colegio tan clásico, ¿no es verdad?». Por supuesto que era una pregunta idiota. Mi padre, para suavizar el asunto, claro, posó levemente una mano en mi hombro, lo que también me molestó. No tenían por qué andar con manoseos justo en ese momento de porquería, pensé, y, de reojo, miré al lote de gringos que, manos en los bolsillos, otros de brazos cruzados, me observaban con las cabezas ladeadas de la misma manera que yo miraría a un intruso. Eso es lo que sentí que era, un intruso, y es lo que debe haber lamentado mi padre cuando me empujó suavemente hacia la puerta del hall de entrada, un espacio ovalado, iluminado por ventanas que desde lo alto lanzaban chorros de luz hacia la escalera, mientras mamá giraba lentamente sobre el piso de baldosas blancas y la sombra de su figura se fundía con la oscuridad.

Cuando llegamos al despacho del director se dio media vuelta y, sujetándose el sombrero, me hizo una mueca parecida a un beso, que repitió dos veces con los labios apenas rozándose. ¡Qué mierda! Luego volvió a prestarle atención al grandote. Yo no veía sus ojos, pero los imaginé parpadeando; lo hace siempre y me carga cuando recurre a esa treta con mi padre. El director, Father Cheetham, con lentos movimientos de sus manos inmensas, les comunicaba asuntos que yo no alcanzaba a entender y que, de verdad, en ese momento poco me importaban. Eran palabras en susurros que se adormecían en las estanterías repletas de libros; preguntas que mi padre respondía con una voz que en inglés sonaba aún más opaca y distante.

Había amanecido más callado que de costumbre y apenas esbozó una sonrisa cuando el tío Agustín, todavía en bata de levantarse y fragante a colonia, preguntó riéndose si acaso me llevaban a un funeral. Durante el desayuno no abrió la boca. Más tarde, durante el viaje,

manejó en silencio hablando sólo cuando las cosas del camino le llamaban la atención. Siempre lo mismo: «¡Qué lindo ese bosque recortado contra la colina! ¡Mira qué formación de nubes más hermosa!». Las nubes, siempre las nubes. Es que le gusta la pintura. «No soy pintor, pero me gustaría serlo. Cuando no tenga tantas preocupaciones me dedicaré a pintar», repite. Pero nadie sabe cuándo va a ocurrir eso, porque se pasa la mayor parte del tiempo pendiente de mi madre. A mí me vuelve loco, aparte que mamá vive inventando viajes, igual que el tío Agustín... Bueno, por algo son hermanos. «¡Ay!, pero qué envidia, Agustín, ser diplomático, tanta gente interesante que conoces, todos los viajes que puedes hacer...».

De pronto una paloma se posó en la cornisa de la ventana y agitó sus alas. Debe haber comprendido que no soy de aquí al ver que mi piel era de otra blancura que la del director y de los mirones de sonrisas mordaces de allá afuera.

Luego, mientras el sonido de los pasos en los pisos de piedra de los corredores y de las escalas retumbaba en mis oídos, supe que se agotaba el tiempo. No sé si quería llorar. ¡Qué mierda! La verdad es que era más que eso lo que me ocurría. Era algo que no podía calibrar bien en qué consistía, pero que sí tenía que ver con abandono, frustración, pero especialmente con derrota, esa palabra que a uno lo hace mirar el horizonte y sentir que no hay escapatoria posible a la pena. Entonces comprendí que, finalmente, llegaba el momento que sólo hacía un par de semanas, todavía revoloteando por Londres y divertido con los cuentos del tío Agustín, parecía tan lejano.

Poco después, en el instante que el Buick se perdía bajo las encinas y el círculo de gringos lentamente me cercaba, como en una película de terror, de esas que te van a hacer puré, apreté mi piedra negra dentro del bolsillo

del pantalón, tan fuerte, que sentí que me la iba a incrustar en la piel.

Middleton, un guatón fofo y culón me dijo «welcome», acompañando su saludo con una sonrisa idiota, las manos en los bolsillos, la corbata con un nudo pequeñito que parecía que lo iba a estrangular y migas en el borde de la boca que eliminaba delicadamente con el dedo chico. Eran alrededor de diez los tipos que me rodeaban, y uno de ellos, flaco, narigón y de pelo negro, con un mechón sobre la frente y los pantalones manchados de pasto en las rodillas, hacía rebotar una pelota de fútbol en el pasto. De pronto me preguntó: «¿Fútbol?», y yo, qué imbécil, por decir algo, incliné la cabeza y él entonces lanzó la pelota. Lo quedé mirando, la pelota pegada a mi zapato dudando si debía tocarla. Yo sabía que me estaba tomando el pelo, sin embargo caí en la trampa, se la devolví con un toque suave y entonces el desgraciado se tomó la nariz con los dedos y puso cara de asco y su «South American shit» lo entendí, porque siempre se sabe cuando a uno lo están basureando. El coro de carcajadas revoleteó a mi alrededor. Los veía, pero al mismo tiempo no los lograba distinguir unos de otros, todos pálidos, desabridos y de ojos turbios, salvo el infeliz de la pelota, que se parecía al Senón, el carbonero del campo que duerme en los hornos de barro, flaco, nariz de águila, ojos de laucha. Me sentí atrapado como en una jaula y sólo la voz de flauta de Middleton me despertó de la pesadilla con la pregunta de si acaso era argentino. Le respondí que era chileno, pero con un gesto de mis hombros le di a entender que más o menos era lo mismo. Se produjo un silencio y se miraron como si Chile no existiera, hasta que el gitano de la pelota preguntó si Chile era lo mismo que «chili», esa cosa picante,

para él mismo responderse «yes», muerto de la risa, mientras con el dedo índice inclinado les daba a entender que yo era un pobre huevón. «¡Qué hijo de puta!». Todos se rieron, menos un tipo de ojos grises, duros como lago congelado, que se había mantenido todo el tiempo mirándome fijo y sin decir palabra. Cuando finalmente abrió la boca, todos se callaron.

«¿Quién eres tú?», me preguntó. Dudé un instante. Comprendí que era el más importante del lote, el jefe. Le respondí, tan suave que casi no escuché mi voz: «¿Yo? Yo soy Antonio...», y sentí que con esa respuesta de mierda me estaba cagando en los pantalones.

«No... Eso no interesa, niño. ¿Quién eres, qué haces aquí? ¿Quién mierda es tu padre?», insistió con cara de asco. Es inútil. En todas partes sobran infelices y escasean las buenas personas. ¡Qué desgracia!

«Respóndeme, niño», repitió. Sus labios delgados apenas se movían y el silencio de los demás era espeso. El gordo Middleton trituraba galletas con los dientes, salpicando migas, mientras sus ojos azules pequeñitos se abrían y cerraban histéricos. Romano, así se llama el infeliz de la pelota de fútbol, la apretaba tanto que se podía escuchar como sus dedos penetraban el cuero. A su lado, un mastodonte de labio inferior caído y orejas de paila, cara de hipopótamo, se frotaba las manos y movía la cabeza con una sonrisa satisfecha. Me daba a entender que se iban a dar un picnic conmigo. Ése era Talbot. Feo el huevón...

«Contesta, bastardo. ¿Qué vienes a hacer aquí?», insistía el de ojos gélidos, y la verdad es que no entendía por qué estaba rodeado de maricones cuando mis padres iban recién a veinte millas de distancia. Y no es que los echara de menos, sino que de pronto estaba solo. Las cosas habían cambiado abruptamente. Estaba en otro mundo.

Miss Abbie, a cargo de la enfermería, me llevó a reconocer el dormitorio. «Ésta es tu cama. ¿Sabes hacer una cama? Qué bien... Aquí la luz se apaga a las nueve treinta. Tienes que lavarte los dientes y asearte antes de acostarte. ¿Traes tus cosas? Jabón, pasta de dientes, pei-
neta, cortauñas... ¿Pijama? Bien. Ahora vamos al comedor. ¿Sabes comer?, me refiero a comer con utensilios. Bien... Si tienes dolor de muelas, o de estómago, si te salen manchas o cosas de esas por ahí —indicando vagamente bajo la cintura—, ve a la enfermería y preguntas por mí. Está al final del corredor. ¿La ves? Very well... Ahora bajemos al comedor».

Caminaba un paso adelante mío, tragándose las baldosas del piso y con un rozar de su delantal blanco almidonado que semejaba el sonido de una cuelga de ajos. Nos internamos en un corredor de paredes de granito repleto de retratos de curas alineados uno al lado del otro, algunos de ellos sonrientes, los más muy cejudos, pero todos conscientes de haber llegado a un sitio de trascendencia, eso denotaban sus miradas. Algunos parecían curas decentes, otros tenían miradas distantes, seres extraños, algo de soledad y hasta de pena en sus ojos. La mayoría, eso es lo que sentí, se veían orgullosos, tipos arrogantes.

Miss Abbie, con su gorra blanca, zapatos blancos, la verdad que toda de blanco, de pronto estiró bruscamente una mano y detuvo a dos tipos que nos adelantaban corriendo. Todavía con el brazo de la vieja en las narices comenzaron a caminar a mi lado mirándome como si fuese un marciano, y así llegamos a los portones del comedor que, al abrirse, dejaron a la vista un lugar muy alto. Éste también estaba repleto de retratos y fotografías de equipos de rugby, críquet, canotaje, box, atletismo, esgrima,

natación y otros deportes, todos mezclados con retratos y otras fotografías de curas y profesores; en fin, una mazzorra que se confundía con las mesas y las sillas, las voces y los ruidos de los platos y utensilios, que me recordó el Mercado Central de Santiago.

Para variar llegaba atrasado, pero esta vez con miss Abbie empujándome y todas las miradas penetrando debajo de mi piel para descubrir a este extranjero, que más encima vestía ropa de calle. Caminé ofuscado hasta mi lugar y lo que en Chile me molestaba —siempre llegaba atrasado a clases y no siempre por mi culpa—, aquí me hirió. Es que para mamá no hay horarios, ni fechas, ni compromisos. Ella cree que lo arregla todo con su sonrisa, mostrando las rodillas y agitando su cabellera sobre los hombros. Me vuelve loco cuando comienza a besuquearme diciendo: «Ay, negrito, pero qué más da una hora más o menos, si eres el más lindo...».

De espaldas a una pared de piedra coronada por un inmenso crucifijo deforme, en que los cabellos de Cristo semejaban un atado de cochayuyo, cenaban los curas y profesores alineados a lo largo de una mesa que ocupaba la totalidad del ancho del comedor. El escenario, elevado a lo menos un metro sobre el nivel del piso, me recordó un cuadro en el que figuraba el almirante Colón observando el océano. En este caso, obviamente, el océano éramos nosotros, vale decir no menos de mil infelices. Al centro de la mesa estaba el enorme director, y a su izquierda reconocí al sacerdote encargado del color verde, que es mi color, Father Leven, quien me había rescatado del lote de curiosos en el prado. Se acercó sonriendo y me preguntó cómo me sentía rodeado de tanto malandrín. Le pidió la pelota a Romano y ejecutó un par de toques, le hizo un guiño afectuoso al de ojos muertos, una leve patada en el culo a Middleton y, enseguida, me tomó del cuello y me encaminó a

su escritorio. Todo muy acelerado: los pasos, las sonrisas, los gestos, la escalera de a tres escalones por salto, los saludos y golpes a alumnos que se cruzaban en su camino.

Abrió la puerta empujándola contra la pared como si estuviese con diarrea. Al instante se paró de piernas abiertas –hasta donde se lo permitió la sotana–, me lanzó una sonrisa de boca muy estirada –forzada, diría yo–, sacó una pelota de rugby de un canasto y se puso a brincar para un lado y otro haciéndola girar entre las manos. Luego, rompiendo el silencio, me dijo: «Ten coraje. Te lo digo yo. Es que no tienes otra alternativa». A todo esto, muy acelerado, se me vino encima y comenzó a tocarme los brazos y a darme de manotazos en los muslos. Al parecer, le gustó mi tamaño. «Puedes ser lock», repetía rodeándome. Supuse que tenía que ver con rugby, porque las paredes del escritorio estaban repletas de fotografías de equipos, salvo por una en la que figuraba de uniforme de piloto de la RAF (Royal Air Force) a los pies de un bombardero. «Es un Lancaster. Cuatro motores de 4.500. Una máquina espléndida». Además, pero como comentario divertido, me dijo que debía tratar de no ser indisciplinado como todos los sudamericanos, y la verdad es que no me llamó mucho la atención que haya dicho eso, porque el tío Agustín repite lo mismo... Finalmente insistió que de *lock* podría andar bien y, de despedida, me atrapó el cuello y me dio una sonrisa con los dientes apretados. Su mirada me pareció extraña: la mayor parte de ella era buena, pero la otra hurgueteaba en la oscuridad. Lo otro que me llamó la atención es que olía a ropa añeja. ¡Fétido!, como repite la abuela si alguien huele diferente.

Miss Abbie me indicó el camino hacia una mesa ubicada en la mitad del comedor. «Here!», me dijo, y muy enérgica apartó a dos tipos que me miraron sorprendidos. Los observó severamente y enseguida caminó hasta un

extremo de la mesa de profesores. Uno de ellos le retiró la silla y ella le hizo un leve gesto de agradecimiento, también muy acelerado.

Un pescado cocido, rojo y duro, hediondo –fétido–, de pronto se instaló bajo mis narices y una taza de té con leche dio bote junto a mi mano, salpicándome la chaqueta. Era el carro de alimentos correspondiente a ese pasillo del comedor, con el que tres tipos de blanco y de gorras en punta, muy apurados, iban abasteciendo las mesas en evidente carrera con el carro del pasillo vecino. «Son unos bárbaros», me comentó el alumno del lado izquierdo, un enano, colorín, pecoso, de anteojos y ojos saltarines. Enseguida, observando el pescado, rojo y reseco, exclamó con disgusto: «Está exquisito», y suspiró. Luego inició una conversación con mi vecino de la derecha, también de anteojos, de cara delicada y tranquila, que, a manera de saludo, me hizo una pequeña reverencia para presentarse: «Soy Vinski. Buenas noches», dijo.

El pecoso, repentinamente, estiró su mano y se presentó también: «Soy Reed», asegurándome que tendría que tolerar esta mierda todas las noches, porque Glee Hill era una cárcel y no una «colina gozosa» –traducción textual, según él–, y además, a quién sino a un descriteriado se le ocurriría ponerle nombre de prostíbulo a un colegio católico, toda vez que el aludido no pensó en individuos sensibles, como indudablemente era nuestro caso.

«Shit, shit –repetía–, pero habrá que perdurar. Se trata de una exigencia espiritual. Ya ser joven es un calvario, más aún aquí, pero habrá que resistir –insistió–, como Lawrence. ¿Conoces a Lawrence?», me preguntó de sopetón. Muy apurado me dijo que se trataba de un héroe británico de la Primera Guerra Mundial en el frente de África, que a base de voluntad e inteligencia se convirtió en el espolón de proa de la derrota turca. Extraño perso-

naje, según él, un *outsider*, un genio militar que rebeló a las tribus árabes en contra del Imperio Otomano. No era fácil seguir su conversación, un año de curso intensivo de inglés no daba para tanto.

«En el desierto las condiciones son sumamente adversas. ¿Estarán de acuerdo...?», nos preguntó con las manos abiertas a la manera de un sacerdote bendiciendo el misal. Vinski le respondió que en la selva podían ser aún más duras, que era cuestión de haber leído a un escritor de apellido muy complicado, Korzeniowski o algo parecido, para comprenderlo. Luego volvió al pescado y a sorber su taza de té con estudiada calma. «Vinski es polaco», me dijo Reed, codeándome y poniendo cara de que habría que tener paciencia. Enseguida agregó: «Se refiere a Joseph Conrad, polaco de nacimiento, pero inglés por adopción. Se cambió el apellido, como puedes apreciar, aparte que escribía en inglés. Pero no es lo mismo. Hombre —dirigiéndose a Vinski—, tu escritor es un narrador pintoresquista de aventuras en lugares exóticos de ultramar...», y no terminó la frase porque Vinski lo detuvo con una mirada oscura. Parece que Reed comprendió que había dicho algo hiriente. Vinski le respondió muy calmadamente: «Te contradices. Lo que Korzeniowski hace situando a sus personajes en condiciones extremas, primitivas, es acentuar la soledad. Es muy simple. Él trabaja con metáforas, así que da lo mismo que haya ido al Congo a resolver sus problemas. Podía haber ido a Grecia, por mencionar un lugar cualquiera...».

«¡Conrad! Conrad, así se llama», lo interrumpió Reed. «Por algo se cambió el apellido. Además era un individuo muy complicado, como tú... Me refiero al apellido, así que no insistas en conservar algo que él mismo sepultó», y me miró de lleno a los ojos en busca de aprobación.

Vinski, muy serio, le aseguró que tenía sus razones para llamarlo con el apellido polaco con el cual había

nacido y que no estaba dispuesto a discutirlo tan livianamente. Volvió a su taza de té y me dio la idea que había dicho todo lo que tenía que decir en esa discusión. Lo que yo no entendía era por qué los dos me miraban tan atentamente cada vez que terminaban de decir algo. Pero Reed tenía algo más que agregar al respecto: «La lectura de Lawrence es una experiencia que vale la pena aunque tú no lo admitas, porque se trata de un típico oficial británico producto de nuestro estoicismo. Sólo así se explica que pueda perdurar en condiciones tan inhóspitas y extrañamente le terminen gustando. Te informo que provenía de un public school como éste, al igual que nosotros, sometidos a la adversidad con el objeto de prepararnos para ir a cambiar el rumbo de las cosas a cualquier parte del mundo. Los romanos lo hicieron y el mundo no es el mismo luego de ellos, ¿me entiendes?».

Reed observó a Vinski, el que no hizo amago alguno de continuar con la discusión. Muy molesto, Reed se llevó el dedo índice de cada mano a las sienes y cerró los ojos. No era el caso de que estuviese reflexionando, puesto que, abruptamente, se inclinó por debajo de mi cabeza y, modulando lentamente las palabras, trató de rematar a Vinski, quien en ese instante observaba algo en el cielo del comedor. «Escucha, Vinski. Mira, hombre, eso de que en el Congo o quizá dónde es una defensa sumamente débil. No conoces la selva, tampoco el desierto, que es indudablemente lo más adverso. Hay que haber estado ahí para opinar. Al menos yo visité África en una reciente visita con mi padre, que, como tú sabes, es experto en lenguas árabes, aparte de que, por descendencia directa, sé lo que es estar desde pequeño sometido a la adversidad... Sin lugar a dudas, Lawrence representa la poética del arrojo, la locura contenida macerada en los internados de esta isla melancólica...».

Vinski bajó la vista del cielo del comedor al *herring* y se encogió de hombros. Sin mirar a Reed le respondió que la estepa polaca puede ser más dura que el desierto, sobre todo si se ha sido vecino de Rusia por tanto tiempo, a lo que Reed, nuevamente por debajo de mi cara, le contestó que lo dudaba y que iba a cerrar la discusión de una vez por todas afirmando que tipos como Lawrence son el resultado de una educación dirigida a crear el superhombre, palabra que repitió dos veces con mucho agrado. Vinski continuaba con la vista fija en la mesa del comedor. Reed, mirándome muy decidido, me aseguró que él no estaba discutiendo, sino simplemente buscando razones para entender por qué la juventud británica tenía que ser sometida a tanto rigor: «Yo, quiero advertirlo, soy antisistémico. Básicamente soy un rebelde, un escéptico... Los argumentos que ahora expongo son simplemente para desmascarar a Vinski y su patriotismo. Pero, por otro lado, tampoco puedo ser indiferente a las virtudes históricas que han hecho de esta isla tan próspera y resistente a las inclemencias de las agresiones externas». Vinski regresó lentamente la vista al techo, y con las manos cruzadas sobre el pecho bostezó y luego dijo algo así como que fuese como fuese, Lawrence no venía al caso.

De reojo miré al resto de mis compañeros de mesa que más tarde resultarían ser los mismos del dormitorio, incluido Middleton. El gordo, sentado en la cabecera, se topó con mis ojos y me hizo una venia muy ceremoniosa con la boca llena de comida. No estaba aquel de ojos muertos, al que, según Reed, debía enfrentar a golpes en el gimnasio.

«Sí. Una simple formalidad de la rutina educativa británica. Una de esas deliciosas pruebas para fortalecer el espíritu y que honran nuestra dualidad de temperamento: arrojo y poesía. Pero no te preocupes. Imagino que de

donde tú vienes también se deben practicar este tipo de contiendas enaltecedoras. ¿No es así? En todo caso —y me miró de arriba abajo—, me da la impresión que a lo más saldrás con sangre de narices. No te ves tan debilucho... ¿Sabes boxear? ¡Qué bien! Veo que los dioses están de nuestro lado y hasta podríamos presenciar la caída de un impostor. Pero debes ser precavido, es fuerte y bien dotado, físicamente, me refiero. Te puede golpear duro. Es un individuo despreciable. Este país produce un alto porcentaje de tipos como él, debo admitirlo».

A Harrison lo rodeaban los mismos del prado, menos Middleton, que adoptó una posición neutral. Al lado tenía a Reed con una mano apoyada sobre mi hombro, cual mánager de box, y a Vinski balanceándose sobre los talones, sumamente preocupado. El resto serían unos veinte y eran todos mirones.

«Tienes que resistir», me repetía Reed. «Tu destino es la adversidad. Sólo enfrentando la adversidad se puede construir una vida. Toda la obra de Shakespeare está fundada en ello, si bien con una fuerte carga de escepticismo; una apuesta contraria a lo que afirma Conrad —lanzándole una mirada rápida a Vinski—, que sólo cree en la fidelidad entre los hombres como única barrera contra el mal y la nada. Yo, como el maestro —Shakespeare, supuse—, a pesar de las contingencias, creo que se puede luchar...», y, dicho eso, dirigió los ojos al cielo. Vinski me ayudó a sacarme la chaqueta y quedaron a la vista los suspensores que me había comprado mamá. ¡Un desagrado!, como repite la abuela cuando le anuncian alguna visita inesperada.

Harrison me llamó al centro del gimnasio con una seña muy rápida de sus dedos. Se sacó la chaqueta y la lanzó a sus espaldas. Romano logró atraparla antes de que

tocase el piso, un gesto que obviamente retrataba a un lacayo. No sé por qué me acerqué. Supongo que, como dijo el cura Leven, no tenía alternativa. El hecho es que Vinski me acompañó apretándome el brazo y Reed iba detrás con los puños en posición de ataque. Talbot, el grandote orejón de jeta caída y voz arrastrada, frotándose las manos dio las instrucciones, recalcando que la pelea era para aclarar que en Glee Hill no había lugar para maricas, sobre todo sudamericanos, pero, más que nada, simplemente para iniciar el trimestre con algo de acción. A continuación agregó, mirando a Reed con evidente desagrado, que no había nada más despreciable que «ese insecto», y el que yo hubiera conversado con él a la hora de comida ya era motivo suficiente para que Harrison me iniciara como correspondía. Reed se empinó y con una voz muy suave me murmuró al oído, y en latín: «In rebus dubiis plurimi est audacia», y que, según él, significa: en las situaciones difíciles la audacia es muy útil.

Vinski me deseó suerte y Reed, a una distancia razonable, comenzó a gritar: «¡Audacia! ¡Audacia!», con los puños apretados y los ojos sumamente dilatados.

El primer puñete lo recibí en la nariz. Sentí millones de hormigas caminando bajo mi piel y todo se amontonó en la cabeza: las caras de los tipos presentes en el gimnasio, los gritos, las luces, las baldosas rojas del piso, los aparatos de gimnasia, las fotografías de tipos jugando al rugby y al críquet, además de los ojos gélidos de Harrison. Pero yo no estaba ahí. Estaba en el río flotando de espaldas, dejándome llevar por la corriente, observando los volcanes lejanos que recibían los últimos fulgores de la luz del ocaso.

«¡Niño! Pelea, niño», me gritaba Harrison con una voz muy calmada, inclinado sobre mi cabeza, mientras yo, sentado en el suelo, observaba la mano manchada con san-

gre de mi nariz. No quise que me volviera a pegar; palpé la piedra negra dentro del bolsillo del pantalón y la apreté dentro de la palma de mi mano. Tenía que cruzar el río como en primavera, cuando viene más grande y no hay que mirar para saber cuánto falta para llegar al otro lado, sino sólo nadar hasta sentir la piedras bajo los pies y el agua mansa de la orilla, para después tenderme en la arena a descansar.

En el espejo de los baños observé mi cara hasta que el frío en los pies me despertó de la pesadilla que estaba viviendo. Durante todo el rato que estuve mirándome no descubrí quién era, qué hacía ahí, ni por qué tenía tanta pena. Quería estar oculto, donde nadie me viera. Quizás, por la mañana, bajar a la quebrada junto al estero para adentrarme en los bosques, y como una cosa lejana, de esas que soñaba cuando era niño, construir un refugio sobre algún árbol. A lo mejor con Vinski y tal vez con Reed, para que me hable de Lawrence y el desierto.

Antes de que Father Leven apagara la luz, Middleton se acercó y me entregó un chocolate, acompañado de un guiño y dos parpadeos seguidos de sus ojos. En el techo, un par de ampolletas arrojaban brillos muertos y las conversaciones de mis compañeros de dormitorio se parecían a esa luz opaca, como la mirada de Vinski, recostado sobre la almohada leyendo. Recordé las palabras de Reed luego de la pelea: «Has cruzado el desierto. Como Lawrence», dando saltitos a mi alrededor y ofreciéndome su pañuelo para limpiar la sangre.

Me dolía la cabeza y la nariz palpitaba como una muela podrida. Recé, a pesar de que no me iba a servir de nada, ya que tenía temor, incluso de Dios. Puede que estuviese molesto por cosas que sólo él sabe, aparte que no me

podía sacar de la cabeza las palabras de despedida del padre Clemente en Santiago, repitiendo en susurros que debo estar siempre preparado por si el Señor repentinamente me llama a la morada eterna: «Como un boxeo, Antonio. Siempre en guardia, el corazón resguardado y el alma en estado de pureza, sin pecado. Pobre de ti si te coge en pecado mortal, hijo. Cuídate del infierno, Antonio, ten cuidado con la libido; mira que los ingleses esos son despreciados. Aleja las manos de tu cuerpo».

La idea de morir sin volver al lugar donde estaba todo lo que creía mío, de pronto se hizo presente. Supongo que la asocié con este nuevo mundo, gris y hostil. Mientras lanzaba golpes en el gimnasio recordé mis rincones, que hasta ese momento no me había preguntado si los quería o no. Simplemente estaban ahí, los recorría, y tal vez sí los quería, pero no como ahora. La sensación de pérdida tiene algo de muerte. Los senderos del cerro estaban muy lejos. Las tardes en el río a la espera de la trucha gorda, los últimos rayos de sol sobre el volcán Descabezado, me costaba retenerlos. Incluso la casa de la abuela en Santiago, ese mundo que siempre me oprimía, también era una pérdida.

Tener que pelear fue frustrante. Hubo un momento en que estuve a punto de permanecer de rodillas sobre las baldosas, inclinar la cabeza y cerrar los ojos. No quería pelear, si bien sabía que los gringos, a lo más, querían divertirse un rato. ¿Qué importancia podía tener que yo fuera un cobarde? La verdad es que reaccioné como un autómatas. Harrison no sabe boxear. Yo sí. Seguí los consejos del tío Armando: «Aprende a boxear, copiloto. Te dará entereza y confianza en ti mismo». Él me llevó al Club México y durante seis meses supervisó las clases. «Que este joven aprenda a colocar las manos», le insistió al gordo Pellicer, el mánager, que en ocasiones se subía al

ring para enseñarme algún golpe. Cada vez que yo sacaba la izquierda soltaba el elogio, «¡qué linda!», y cuando le lanzaba el *hook* de derecha, miraba al tío de reojo y le decía: «Este joven es pura dinamita».

Reed, desde el otro lado del gimnasio, gritaba: «¡Iustitia!, ¡Iustitia!». Todos se sorprendieron. Harrison aceptó la derrota. Hizo una seña y Romano le acomodó la chaqueta en los hombros. Recuperó la mirada helada y me dio la espalda. Antes de llegar a la puerta me lanzó otra ojeada de esas que se cuelan como viento sur dentro del cuerpo. Por un instante me sentí bien, pero enseguida volvió el abandono de ver al resto de los tipos explorándome con cara de odio. Sé que me odiaron. Contra el desprecio no podía pelear y sentí la misma impotencia de aquella tarde y noche eterna que velamos al tío Armando en el salón. El peor día de mi vida...

El tío fue mi refugio. De niño me llamaba a su pieza, aquel nido que sólo él podía fabricar, y mientras escribía poemas yo deslizaba mis juguetes sobre la alfombra. Recuerdo el humo de sus cigarrillos ascendiendo en leves oleadas hacia el cielo, la sonrisa, y su mano rozando levemente mi cabeza. De aquella habitación que sobrevolaba la calle retengo el sonido del gramófono y el surcar de la aguja sobre los discos, algún eco de una melodía, de alguna voz, Gardel, Negrete; el escritorio de caoba repleto de libros y papeles, la lámpara delineando un círculo de luz en el piso, la fotografía de sus padres el día de su boda. Mi madre, sentada en el sofá junto al balcón, una leve sonrisa en los labios, cerraba una escena feliz de mi infancia.

Cuando cumplí diez años el tío Armando me llevó a Buenos Aires. Cruzamos la cordillera y seguimos a través de la pampa en un viaje en tren del que recuerdo cada estación, cada estero, las nubes antes de la tormenta, el horizonte dorado. Cenábamos en el hotel, rodeados de

mozos, y escuchábamos la orquesta que tocaba tangos. Más tarde me acompañaba hasta quedarme dormido y luego iba a encontrarse con sus amigos poetas. Me llevó a navegar por el Tigre. Al hipódromo, al carrusel, al Luna Park a ver boxear a Fernandito. Caminábamos los parques de esa ciudad tan llena de gente «extrovertida», la palabra que utilizaba el tío para referirse a los argentinos.

Cuando cumplí doce años, en la tienda Los Gobelinos me compró una chaqueta azul de botones dorados y un par de pantalones largos. Nadie en la casa se atrevió a decirle que los niños dejaban los pantalones cortos sólo cuando cumplían quince años. Además me regaló una poesía que guardo junto a una fotografía de nosotros dos en el río:

«Zapatos con cordones para mi sobrino/
no más sandalias/
Pantalones largos para mi sobrino/
corbata para mi copiloto/
ropa de hombre para que
siga siendo niño».

Estudió leyes sólo para dejar contenta a la abuela. Algunas noches volvía «ebrio». Es la palabra que emplea mi padre. La abuela lo esperaba con la puerta de su dormitorio entreabierta y bajaba a ayudarlo a acostarse. Era un secreto que todos en esa casa conocían. Es lo único que me apenaba de él, y es también lo único que me hace respetar un poco a la abuela. No era hijo suyo, sino de su hermano Claudio, que desapareció junto a su esposa en un vuelo nocturno en algún lugar de la selva amazónica cuando el tío Armando tenía tres años. Nunca encontraron el avión. Entonces, la abuela trajo al niño huérfano a vivir a su casa.

Por las mañanas despierto con la idea que cada día es más lento y arrastrado que el anterior; un tormento, como repite la abuela cuando se sienta en el escritorio a revisar el listado de cuentas del mes. Mi lugar en clases es junto a Vinski y no entiendo mucho de nada. Todas las materias son difíciles, pero algunas son desesperantes: latín, griego, literatura inglesa, álgebra... Sólo me entretengo en dibujo, tal vez porque el profesor, míster Brown, me pone atención. Su carácter es sereno, y yo diría que revela a una persona que anda tranquila por el mundo. Se asoma a la ventana a mirar el cielo, silba y de tanto en tanto hace flexiones de piernas con la pipa entre los dientes. Nos habla de la vida de los pintores, de sus afanes y muestra diapositivas de sus obras. Insiste en que debemos buscar lo escondido. Según él, hay que apartarse de lo que llama la atención a primera vista. Se lleva las manos al corazón y nos dice: «Escuchen el llamado del corazón, luego el de la cabeza...». Tiene algo del tío Armando. Cuarenta años. No es muy alto, pero macizo y con un mechón de pelo castaño que se le desploma sobre la frente y que echa para atrás con un lento movimiento de la cabeza. El mechón sigue donde mismo y entonces lo atrapa en su mano y lo instala en posición sobre la nuca. Vive en una de las casas de dos pisos que dan hacia el patio de servicio del colegio y se moviliza siempre en su moto Triumph 250. Todas las tardes, después de clases, se sube el cuello de su chaqueta

de tweed y se pierde bajo las encinas rumbo al pueblo. Durante un buen rato nos quedamos escuchando los estertores del tubo de escape, que tardan en apagarse en la distancia. Según los rumores, va a beber cerveza y a enamorar mujeres libertinas.

Cada vez que termina una clase de esas que no comprendo nada, siento un alivio, así como cada inicio es «un calvario», como decía el tío Armando cada vez que debía levantarse antes de las doce de la mañana. Me esfuerzo por entender, pero no acierto demasiado con las respuestas, quizás porque me distraigo y comienzo a pensar en mis cosas: en el proyecto de un refugio, en el juego del rugby —que es lo único en lo que progreso—, en las salas de cine de Piccadilly que conocí durante aquellos primeros días que permanecí en Londres en casa del tío Agustín.

Después del almuerzo tenemos una hora y media para descansar en los campos del colegio y se pueden hacer cosas como caminar, atrapar mariposas, jugar a la pelota, críquet, rugby, o bien simplemente estudiar. Tipos como Dennis, Williams y Mauritius, los tres algo lentos y ceremoniosos, practican canto sentados bajo las encinas. Otros, y a veces incluso Harrison, juegan ajedrez en las escalinatas de entrada al colegio. Reed lee en la biblioteca.

Con Vinski iniciamos la construcción del refugio sobre un roble. Un lugar propio. Identidad es la palabra que Vinski utilizó para describirlo. «Lo nuestro. Una cueva para lamer nuestras heridas en esta isla individualista. Un pequeño refugio para animales perseguidos». Utilizamos troncos, ramas, cartones y una escalera que subimos y luego hacemos descender mediante una larga asta que escondemos entre los helechos. Alrededor del inmenso tronco del roble y a media altura ubicamos nuestros precarios sitios. En un hueco, que seguramente fabricó un

pájaro carpintero, instalé una fotografía del tío Armando, dentro de una caja con tapa de vidrio, como las animitas de los caminos en Chile. Vinski esconde sus propios tesoros en un cofre de cobre, camuflado bajo la corteza. Somos piratas en el bosque. Por su parte, Reed aún no se decide a participar en la empresa, puesto que tiene algunas dudas. «No somos niños. La verdad es que no sé si podría soportar el escarnio de mis enemigos...», nos asegura. En cuanto a nosotros, tenemos dudas en aceptarlo, ya que, independientemente de nuestra edad, claramente no se identifica con el espíritu del proyecto.

El roble es uno de los grandes árboles que se divisan sobre la cumbre de la colina, en segunda línea sobre la cancha de rugby, y desde donde se pueden observar cerros tras cerros y bosques tras bosques hacia el sur. Allá está Londres y más allá aún Chile, al otro lado de la inmensidad del océano Atlántico que el avión de la BOAC tardó toda una noche en cruzar desde Recife a Dakar, con los motores al rojo vivo. De Recife recuerdo el entrecruzado sonido de aves nocturnas y palmeras estáticas parapetando el sofocante calor en la oscuridad de la selva y aquella extraña imagen de un inmenso reptil de acero estacionado en un paisaje maravillosamente insondable. En Dakar, al amanecer, caminé los alrededores del pequeño aeropuerto y vi a un camello lento cruzar la pista de aterrizaje, alejándose en un lejano océano amarillo... Una imagen parecida a un burro cargado de cochayuyo estacionado frente a la Estación Central de Santiago.

En el dormitorio pasan muchas cosas antes de que Father Leven llegue a apagar la luz. Dennis y Williams practican canto en un tono que ellos llaman moderato, y con los ojos cerrados. De tanto en tanto se miran, incli-

nan la cabeza y siguen cantando. Son idénticos, flacos, huesudos y de pelo castaño, algo orejones. Cada vez que les diriges la palabra te observan con suma atención. Aparte de cantar en el coro juegan ajedrez. Reed los desafía y se molesta cuando se hacen señas a su espalda. Middleton también es del coro, pero, según ellos, está ahí sólo porque su voz es un «fenómeno» por lo delgada. El gordo, sentado en su cama, los escucha con atención y de repente junta los párpados y frunce la boca para acompañarlos. Ellos se silencian, lo miran de reojo y esperan que termine su participación. Por otro lado, Vinski escribe poesía o lee a Conrad, y Reed nos recita cosas en latín que enseguida traduce. A Roger —un australiano macizo y algo bruto— lo vuelve loco con sus discursos. Roger lo hace callar lanzándole cosas: zapatos, la almohada, lo que tenga a mano. Cuando Reed insiste, cruza el dormitorio y lo atrapa del cuello, lo tiende sobre el piso y se sienta sobre su cara. Para cuando Reed deja de lamentarse y de lanzar a media voz insultos en latín, cuando ya todo está en calma y sólo algunos ronquidos rompen el silencio, se inician las caminatas furtivas nocturnas que luego mortifican nuestras conciencias.

Hay cosas —actitudes, las llama Reed— que me parecen estúpidas. Al final del bosque hay un manzano que al parecer no pertenece al colegio. Tenía mis dudas, pero ahora sé que no. Andábamos explorando los tres, mejor dicho los cuatro, porque Middleton también nos acompañaba, y yo de pronto quise comer manzanas a pesar de que Reed dijo que no era conveniente porque estaban en propiedad ajena. De todas formas, Middleton y yo saltamos la reja y recogimos algunas. A la hora de comida, Father Leven se me acercó y me dijo que lo fuera a visi-

tar a su escritorio después de que terminara. A Middleton también. A Reed y a Vinski no les dijo nada.

A Middleton le dieron arcadas. Reed me miró preocupado y me dijo que yo aún estaba inmaduro para entender el sentido inglés de la honradez, porque «sustraer» manzanas era un asunto que ellos habían superado alrededor del año 1200 después de Cristo, agregó muy apurado, fecha que a Vinski le pareció presuntuosa. Middleton alegó que eran apenas tres manzanas desabridas y se puso rojo de susto cuando Roger comentó que tenía que multiplicar tres por dos, lo que daba seis varillazos.

Father Leven hizo girar el mapamundi del porte de la campana de la abadía y me pidió que le señalara dónde estaba Chile. Enseguida me preguntó si en mi país había manzanas y yo le dije que sí. Luego me preguntó si yo por esos lados robaba manzanas y le contesté que no. Entonces, muy lentamente, me preguntó por qué tenía que venir a Inglaterra a robar manzanas. Todas preguntas bastante idiotas. Sentía que no había robado nada, que eran sólo tres manzanas y a mi voz apenas la escuché pedir disculpas. Él me respondió: «No son disculpas lo que quiero. Quiero que entiendas que no puedes andar por la vida como una liebre que come cualquier cosa que encuentra a su paso».

El cura comenzó a empinarse sobre los talones y a decir que la honradez era la base de la convivencia, y de pronto, sin decir agua va, le pegó un feroz varillazo al sofá. Varias plumas salieron disparadas y luego de permanecer suspendidas un instante en el aire, descendieron haciendo leves giros. Estaba frente a una persona diferente. No dejaba de hacer muecas, la frente se le arrugaba y su cara se cubría de manchas blancas.

«Mira —me dijo intentando controlarse—. Mi avión fue derribado sobre Francia. No viene al caso precisar los detalles de esa aventura, pero sí debíamos, junto a mi nave-

gante, permanecer ocultos durante el día y caminar de noche. Te diré que incluso en esas circunstancias se me hacía cuesta arriba entrar a los huertos en busca de algo que comer. No quisiera dramatizar, pero cada vez que lo hacía sentía que estaba fallando en algo. Estúpido, dirás, ya que estábamos peleando una guerra. Puede ser, pero cuando has sido educado dentro de principios es connatural respetarlos. ¿Me entiendes? No puedes decir son sólo tres manzanas, porque el día de mañana, en circunstancias más favorables, pueden ser bicicletas y al otro día la mujer de tu mejor amigo».

Se acercó a la fotografía del Lancaster y lo apuntó con la varilla. La observó un momento antes de volverse hacia mí. Se había calmado, y en silencio, como rastreando en su cabeza recuerdos, agregó: «Te preguntarás por qué te digo estas cosas que tal vez para ti no tienen mayor sentido. Pero créeme, no lo haría si no pensara que tengo algo que transmitirle a una persona que se sorprende que le estén llamando la atención por un asunto que le parece tan normal». Luego se dio vuelta lentamente y, entrece rrando los ojos, continuó: «No es hora de sermones, no soy bueno para ellos. Soy más bien un tipo de acción, pero a veces las palabras ayudan. Trata de recordar esto que te estoy diciendo. No lo hago con todos. Disciplina, me da la idea que no es una palabra que conozcas bien. Te he observado detenidamente en el campo de rugby y siempre priman tus impulsos por sobre los de tus compañeros. Está bien si es algo que tú buscas premeditadamente y para bien del equipo, pero si se trata simplemente de impulsos ciegos, a la larga perjudicas a los demás. Quiero tus individualidades, pero no tus inconsciencias, como en este caso de las manzanas».

Seguía mirando el bombardero como si de él estuviese extrayendo las ideas. Luego continuó: «Un flojo, un

indolente, un hombre dotado como tú; bien parecido, además...», y me miró desde abajo de sus cejas. «Hijo de gente que es dueña de vastedades de territorio, indudablemente tiende a lo gratuito, a lo fácil. Total, si lo tengo todo, ¿por qué he de esforzarme?».

El Father continuaba mirándome, mordiéndose los labios, pero yo seguía sin entender que tres manzanas que estaban ahí en el suelo fuese un robo. Luego de un instante giró bruscamente y volvió a observar la fotografía del avión.

«Hermoso aparato, ¿no es verdad?», me preguntó señalando el bombardero y, antes de que pudiese responderle que sí, me ordenó: «Anda. Apoya las manos en el escritorio. ¡Vamos. Agáchate!». Alcancé a ver de reojo la varilla surcando el aire. Aterrizó seis veces, el mínimo considerado para faltas graves. El primer golpe penetró en mi carne, como debe ocurrir cuando a uno le pegan un balazo. El dolor se siente después. El último varillazo surcó el aire y vi nítidamente la lámpara iluminando una brújula que colgaba del brazo del crucifijo sobre el escritorio.

No supe adónde ir. Poco después el Father me aseguraba que tenía fe en que me convertiría en un buen *lock*. Sonreía muy tranquilo mientras me acariciaba la cabeza, bajaba al cuello y refregaba mi pecho con su mano grande y áspera que huele mal. Al final me dijo que mañana sería otro día y que esperaba que la conversación no se me fuera a olvidar. Antes de abrir la puerta atrapó mi cara entre sus manos, los ojos entrecerrados, los labios tensos. Finalmente la acercó a sus labios y me besó en la mejilla.

Afuera, en el pasillo, estaban los ojos chiquitos de Middleton, muy abiertos. Sentado en el piso escuché sus gritos: «Sorry, sorry, Father», y el sonido de la varilla surcando el aire antes de aterrizar en el culo del gordo.

Al amanecer me arrastré fuera de la cama y las man-

chas de sangre en las sábanas me hicieron dudar si debía acudir a la enfermería. Decidí no jugar fútbol en el recreo de antes de almuerzo. Esperé la campana cerca del comedor y no me alejé de la sala de clases para no correr el riesgo de entrar atrasado. Simplemente permanecí bajo las encinas, mirando el estero y a los tipos que jugaban al críquet. Parecía una estatua. En clases no me reí de las muecas de Reed a las espaldas de todo el mundo, ni de cómo Roger se pasó la clase durmiendo con los ojos abiertos, tampoco cómo se toqueteó el aparato hasta que se le paró y comenzó a sonreír. Ni siquiera me reí de Romano cuando lo sacaron a la pizarra y puso cara de entender todo y no entiende nada. No hice nada, aunque sospecho que todo ello no me sirvió de mucho, porque Father Leven puede castigarme por otros motivos.

La abadía de Glee Hill estaba repleta de visitas que asisten a la misa cantada del domingo, oficiada por el obispo y tres curas que revoloteaban a su alrededor como peces en un acuario, los tres con cara de estar al borde de las lágrimas. Tras el altar, en bancas con respaldos que conforman un inmenso artesonado de madera oscura, los monjes cantaban sus letanías monocordes, todos con capuchones cubriéndoles la cabeza y rosarios en las manos. En la nave central había a lo menos trescientas visitas, la mayoría con chaquetas a cuadros, abrigos hasta los tobillos, bastones y sombreros de toda laya, incluso de esos que usan las mujeres con adornos que imitan racimos de uvas. La mayoría de las visitas son los padres de los reclusos en este lugar y que se pasan la misa haciéndoles señas y que algunos internos responden con sonrisas idiotas. Después de la misa los sacan a pasear al pueblo, a almorzar a algún restaurante, a ver la película de turno y luego a tomar el té en el Hotel Elizabeth the Second. Es el día libre y a los que como yo nadie viene a ver podemos salir a recorrer los campos aledaños o bien ir al pueblo de Matlock a la matiné en el Cine Odeón. Más tarde, si nos sobran algunos chelines, podemos comprar o bien, por un par de peniques, hojear alguna revista de *Health and Nature*, supuestamente dedicadas a la salud del cuerpo y la mente en medio de la naturaleza. Aparecen grupos de mujeres y hombres desnudos, todos muy contentos, bañándose, cor-

riendo, cultivando flores, y cosas por el estilo, pero siempre con alguna flor o bien una pala o azadón que les tapa la parte de adelante. Por detrás, vale decir los culos, sí se ven. Esas son las cosas que hacemos los domingos, obviamente si es que no estamos castigados por alguna idiotez como lo de las manzanas y tenemos que pasarnos la tarde mirándonos las caras arriba de los árboles.

La abadía, ubicada al extremo del prado, parece una nave gris recortada contra colinas salpicadas de bosques y su estilo es gótico tardío, según Reed. La luz es turbia, como si una neblina entrara por las ventanitas ubicadas junto al techo. Siempre hace frío y permanecer ahí dentro por más de media hora resulta deprimente.

A mi izquierda vi flotar una cabellera preciosa, una figura que se deslizó entre las bancas y que sólo alcancé a divisar fugazmente. Me invadió —supongo que es la palabra— una sensación parecida a la que me venía cuando en días de lluvia salíamos a conejear en el campo y de pronto el imperceptible movimiento de una rama me señalaba que la presa estaba ahí, en medio de las moras, y que nuestros gritos y los ladridos de los perros la harían salir de su cueva. No alcanzaba a ver su cara, pero sí el pelo castaño con rayos dorados y, más abajo, la cintura fajada por un cinturón metálico, como de un guerrero. Ella estaba junto a sus padres, supuse. Él, un tipo alto, calvo, con un bigote de aviador, filudo en las puntas, muy exagerado.

Al acercarse el momento de la comunión se me aceleró el corazón justo cuando Reed comenzó a murmurar que la misa cantada era una ceremonia que Enrique VIII debió haber eliminado por el bien del uso del tiempo. «¡La detesto! ¡La detesto! —repetía—. Por qué no habré nacido

en el seno de una familia de agnósticos. ¡Maldita sea! Esto de tener padres católicos es como haber nacido lisiado. ¡Maldita sea!».

A mi lado, Vinski seguía la misa con recogimiento, muy molestó con Reed y sus comentarios contra la Iglesia. El sábado tuvieron una discusión que me llamó la atención. A Reed le pareció pésimo que Vinski lo haya tratado de bárbaro. Se bajó del árbol echando fuego por los ojos. Desde abajo le gritó que era un devoto de los emisarios de las tinieblas y que con agachar la cabeza y rezar lo solucionaba todo, como las avestruces. La discusión comenzó cuando Vinski le comentó que había asistido al debate sobre Roma y que sus argumentos con respecto a la divinidad de los dioses paganos le parecieron débiles, a lo que Reed, muy pensativo, le respondió que se trataba de una temática *somewhat* delicada, por lo que no le fue posible explayarse a fondo dadas las condiciones ambientales imperantes. «Mi postura corría el riesgo de costarme peligrosas represalias. Tú comprenderás, en este epicentro del oscurantismo, defender a Juliano el Apóstata no es fácil de asumir, aparte de que hay que tener una capacidad de resistencia inagotable».

Ella comenzó a alisarse el vestido. Posó sus manos en las caderas y luego las bajó a los muslos. Algo muy femenino, me dio la idea, aparte de que por primera vez pude verla entera, pero de espaldas. Es difícil explicar lo que sentí, eso de querer que fuese lo que imaginaba, asunto que sólo dependería de su cara. La cara es lo más importante de una mujer que tiene el resto bonito. El coro cantaba las últimas oraciones y el órgano preparaba los timbres finales mientras Reed, con los puños apretados, como hacen los futbolistas cuando meten un gol, repetía en latín: «Acta est fabula», que inmediatamente me tradujo con los labios apretados: «Antonio, la comedia ha terminado».

Finalmente logré ver su cara, su nariz fuerte y no muy grande, su boca algo abierta y la fila de dientes perfectos. Una niña-mujer preciosa, que inmediatamente asocié con aquella niña desnuda en *El nacimiento de Venus*, de Botticelli, que míster Brown mantuvo en el telón de diapositivas durante toda la clase para explicarnos cada detalle del cuadro. «¡Por favor!, jóvenes –nos repetía, puntero en mano–, les ruego no se dejen llevar por asuntos lascivos. Me refiero al desnudo... Vamos al fondo de la materia: el concepto es la abstracción. ¿Pueden imaginar tanta audacia, tanta imaginación? Cuerpos alados, flores en el mar y una hermosa mujer floreciendo desde una concha, aparte de la composición maravillosa de esta joya universal. Jóvenes, por favor, ¡hagamos un esfuerzo!».

A mí me pasó algo diferente de lo que le sucedió a Roger. Se me quedaron grabados los ojos de la joven, y claro, la mano cubriendo sus senos y la otra ocultando la línea negra bajo la cintura también me inquietó, pero no como a Roger, que por la noche nos anunció que la tenía entre sus brazos y que le iba a entregar toda su pastita.

El pelo flotaba alrededor de sus ojos verdes, casi azules y, por una fracción de segundo, giró su cara hacia mí. Era la primera vez que la mirada de una niña-mujer me doblaba las piernas. Me acordé de la Clemencia allá en el campo: cada vez que la veía me ponía nervioso, es cierto, pero nunca se me doblaron las piernas cuando me miraba, ni siquiera al inclinarse en el horno a sacar el pan y veía el nacimiento de sus senos. Pero ya el cargante de Reed me estaba empujando fuera de la abadía.

Cuando reaccioné, Ella se alejaba junto a sus padres mientras Reed insistía que lo acompañara al refugio para discutir el comportamiento de Vinski. Ella, de pronto, se detuvo a conversar con un tipo de esos que no son nada, gorra, insignia y corbata común, un plebeyo, según la defi-

nición de Reed. Ella le sonreía, pero extrañamente era a mí a quien lanzaba miradas de reojo. Me costó creerlo. Debía acercarme y por un instante sentí que mis pies se ponían en movimiento. Pero no fue así: seguía paralizado como una estaca. Ella agitaba su cabellera, sonreía, le hablaba animadamente al plebeyo. Él, naturalmente, se veía feliz y sentí que era de mala educación interrumpirlos. Luego, reclinada contra el Jaguar blanco, las manos en los bolsillos de la gabardina, continuaba con su juego de miradas mientras el viento agitaba su falda. Su pelo flotó un instante sobre la frente y una rodilla quedó al descubierto. Era un sueño. Su cara entera se me vino encima cuando se despidió del tipo y antes de subir al automóvil me lanzó aquella última mirada llena de sonrisa. Paralizado, miré hacia el cielo y vi las nubes que viajaban rumbo al oeste, deshaciéndose unas dentro de otras.

Sueño por las noches. Sueño con una mujer que es mitad Grace Kelly y mitad Vivien Leigh. Viajamos a Monte Carlo. Nos miramos intensamente, caminamos a la luz de la luna, y luego subimos a dormitorios en los que se mecen cortinas al viento. Más tarde, tendidos en la cama, suspiramos de felicidad. Pero no retengo su rostro; siempre se escapa y debo volver a subir las escalas para intentar atisbarlo. La niña de la abadía resultó ser la violenta aparición de una realidad que no fui capaz de atrapar y, como repetía el tío Armando, «es que otra cosa es con guitarra».

Después de almuerzo nos dispersamos. Están los privilegiados, a los que sus padres sacan a pasear, los que van al pueblo y, por último, los castigados que no van a ninguna parte. Yo fui al refugio del árbol.

Pasé la tarde mirando hacia el sur. En la cancha, unos tipos pateaban una pelota de rugby y sus gritos se los lle-

vaba el viento. Parecían juguetes que iban y venían entre las colinas repletas de helechos. Hojas secas tomaban vuelo y luego caían como perdices. Se va el otoño, llega el invierno. Puede que el próximo domingo Ella vuelva a mirarme así, desafiante y coqueta, y yo tenga el coraje para acercarme.

Lo que dice Reed me confunde. Habla de asuntos complicados como si estuviese en un escenario. Él asegura que es perfectamente normal que los hombres se acaricien, que Julio César lo hacía y no tiene nada que ver con lo que los curas repiten a media voz: que el hombre sólo debe encontrar en la mujer el amor que le envía Dios, y los hijos que resultan de ese amor somos nosotros. Hablar de estas cosas dentro del confesionario, conforme, pero en medio de una clase es otra cosa, sobre todo en la primera del día lunes. Father Leven, luego de esperar que nos sentáramos y cuando ya se podía escuchar el paso de una hormiga sin decir agua va, se acercó muy serio a Roger, le puso un dedo en el pecho y lo mantuvo ahí un buen rato. Luego, mirándonos a todos, uno por uno, tanto que llegaba a doler cómo le crujían los dientes, susurró: «Entre hombres es pecado mortal».

Yo sabía que Reed no se iba a quedar callado. Rompió el silencio preguntándole si podía explicarse un poquito más. Yo hubiese preferido que el asunto simplemente quedara ahí. Sobraban las palabras. El asunto es pecado, no está bien, quién lo va a dudar, claro, salvo para Reed. Al Father se le asomaron manchas blancas en la cara. Con el mismo tono de voz le preguntó: «¿De verdad quieres conversar seriamente de este asunto o se trata de uno más de tus exhibicionismos?».

Reed inclinó la cabeza y con una mirada ladeada le contestó: «Father... Honestamente no alcanzo a percibir el fondo de su punto de vista».

Se sabe cuando va a estallar una tormenta: está en el viento, en las hojas que se agitan, en lejanos rumores. Todos en la sala sabemos que el Father no tiene paciencia, que le molesta que lo contradigan y que siempre será su última palabra la que prevalecerá. Que Reed sea capaz de enfrentarlo, para mí es poco menos que una hazaña. No hay nada más angustiante que escuchar la rabia de las palabras, sobre todo las de Father Leven.

«¿No? O sea, ¿eres tan inocente que no sabes de qué estamos hablando? Tengo que volver sobre los fundamentos cristianos básicos, la familia, el matrimonio, para dejar en claro lo que durante veinte siglos muy pocos se atreven a contradecir. Claro, salvo algunos idiotas como tú. ¿Eso es? ¡Contéstame!».

El tono de su voz iba subiendo y cuando terminó ya estaba parado frente a Reed, la cabeza inclinada sobre su cara. Ahí le dijo: «Déjate de rodeos. No vengas con preguntas inteligentes para lucirte en clase. No confundas las cosas. Aquí todo el mundo entiende de qué se trata todo esto».

Reed no bajó la mirada, y cuando el Father concluyó, sintiendo que no había nada más que discutir, le dijo, yo diría, respetuosamente: «No, Father. De verdad estoy confundido. Tiendo a pensar que usted está refiriéndose a la lujuria. ¿Pero qué sucede con el amor?».

El Father se detuvo a medio camino observándose las manos como si en ellas hubiese descubierto algo extraño. Finalmente continuó hacia la tarima, se sentó en el borde y con voz muy calmada y sin mirar a nadie en particular dijo: «Amor. Amor... Quién sabe lo que puede ocurrir en los subterráneos del alma. Pero eso es harina de otro costal...», y enseguida, pero con otro tono de voz, con otra mirada, y con la mano estirada en dirección a Reed, prosiguió: «No voy a tolerar tu juego cínico. Te espero en mi

escritorio después de comida –y agregó empujándose sobre los talones–: ¡En pijama!».

Father Leven se miró nuevamente las manos y con una voz calmada, dirigida a toda la clase, concluyó: «El hombre se debate entre el bien y el mal desde que nace. Cualesquiera sean sus circunstancias, el peso de su conciencia lo mantiene alerta. Todos ustedes conocen lo que está bien y lo que está mal porque han sido educados en el seno de Dios y están en este colegio para profundizar en ese conocimiento. No pueden andar con rodeos...», y, dando un tacazo con todas sus fuerzas, agregó: «El manoseo entre hombres es pecado. ¡Es contra natura! Y quien tenga dudas al respecto que se suma dentro de su alma y rece para que Dios le tienda una mano».

Pero para Reed no lo estaba tanto. En el prado, rodeado de compañeros, incluso de Harrison, que se acercó con Romano y Talbot, comentó que el Father era un rústico y que si tuviese la valentía de someterse a un debate, pero con moderador, le rebatiría sus diatribas, palabra que se demoró bastante en explicarnos: «Diatriba... –nos dijo sin que ninguno de nosotros se lo preguntara– es un discurso sin fundamento, violento e injurioso contra una persona. La homosexualidad es una condición inherente a algunos humanos que no tiene que ver con el bien y el mal. Platón lo dejó perfectamente aclarado en *El banquete*. La naturaleza del hombre –nos aseguró– es sumamente compleja. Hay católicos observantes que son homosexuales». Luego, inclinando la cabeza y mirando el piso durante un rato exageradamente prolongado, agregó que en la materia había mucho paño que cortar y que, desgraciadamente, la brevedad del recreo le impediría explayarse en profundidad, pero que a manera de ejemplo los romanos y antes los griegos, seres sumamente racionales, separaban la moral del bien y el mal, y abrió los brazos en señal de

que ese era un punto muy importante. Estaba todavía con los brazos abiertos cuando Talbot asomó su inmensa cabeza y le preguntó con preocupación: «Are you a queer?». Reed, descorazonado y como si Talbot no entendiera nada de nada, volvió a inclinar la cabeza y a mirar el suelo antes de contestarle:

«Si lo fuera, obviamente no va a resolver tu problema de retardo mental. ¿No es verdad?».

Talbot le arrancó la gorra de un golpe e inmediatamente se formaron los dos bandos de siempre con Reed detrás de Vinski, saltando sobre sus hombros y gritándoles en latín: «Imperitia confidentiam, eruditio timorem creat», que inmediatamente traducía al inglés, amenazándolos con el dedo: «La ignorancia da confianza; el conocimiento, temor».

De entonces quedamos con el sobrenombre de los *queers*, que a nadie le gusta y que sabemos nos causará más problemas.

Me intranquilizan las cosas que pasan en el dormitorio. Pero no lo hacemos por manosearnos, sino que al no haber una mujer imaginamos que estamos con una. Es difícil explicarlo, y peor todavía es hablar del asunto. Lo hacemos y después nos da algo de remordimiento, aunque también se pasa rápidamente. Pero tengo que admitir que no me siento inocente y que debería confesarme. Nunca me he detenido a pensar por qué es pecado, tal vez porque de tanto escuchar que lo es, ya se me metió entre los sesos. Por ello lo que dice Reed me confunde:

«El hombre es un borrego esclavizado por su propia ignorancia. No es libre porque teme explorar su naturaleza. Es esclavo de sus temores. Antonio, ¿por qué va ser pecado tocar tu cuerpo? ¿Por qué vas a renegar de él? No

le tengas temor a la experiencia sexual, es una más, como comer o dormir. Lo dijo Platón, como tú ya sabes, un individuo medianamente inteligente, que yo sepa».

Siento que no estamos hablando de la misma cosa. Yo lo que quiero es acariciar las piernas de una mujer, ver su línea negra, tocar la piel suave, impregnarme de los olores de su cuerpo y, claro, todo lo demás. Sueño con estar con esas mujeres de las revistas de Roger o con alguna amiga del tío Agustín, simplemente para eso. Y es precisamente lo que hacemos. Hacemos como que estamos con ellas y ella a veces soy yo y otras es Vinski. Yo sé que Roger hace lo mismo con Middleton y que Dennis lo hace con Williams. Lo que sí está claro es que jamás imagino que Vinski «sea» Ella cuando estoy con él. Son cosas diferentes.

A Reed, el Father le dio siete varillazos y regresó al dormitorio como si viniese de haber ganado un debate. Muy satisfecho se metió a la cama, ordenó la almohada, estiró las sábanas y sopló un par de plumas antes de escoger un libro del velador. Todo esto lo hizo sin tomar en cuenta las cosas que le decía Roger. El Father, al apagar la luz, le clavó los ojos durante un buen rato, pero Reed hizo como si no estuviera ahí, muy atento a su libro favorito, *Proverbios del mundo clásico*, del que saca sus dichos en latín. Quedó muy excitado con el *caning*, tanto que nos pidió un minuto de atención para cerrar el día dándonos una clase de anatomía del sexo femenino. Nos aseguró que en la biblioteca, en la sección de medicina anatómica, se puede analizar perfectamente el cuerpo femenino. Se bajó de la cama para explicarnos cómo es. Le pidió a Roger que lo alumbrara con la linterna y se fue a parar al medio del dormitorio.

«El aparato reproductivo de la mujer es sumamente complejo... —nos aseguró sacándose la parte de abajo del pijama—. En esta área, aquí donde nosotros tenemos esto... —y se sacudió el aparato, mientras con la otra mano lo

apuntaba como un mozo a un postre sobre una bandeja—, la mujer tiene el labio, que es el inicio de la vagina, rodeada de pelitos, naturalmente... —eso último lo dijo muy rápido—, conducto en el cual se inserta el pene». Reed volvió a sacudirlo repitiendo que el pene era «este» aparato, lo que le causó mucha risa. «Al final del tubo femenino están los ovarios...», y ahí Roger le lanzó un zapato para que se callara, asegurando que, lo que hubiera más allá, no le interesaba a nadie.

Vinski también quiere saber qué es acariciar a una mujer. Todo lo hacemos en silencio. Con los ojos cerrados soñamos que entramos en la vagina que describe Reed, por delante y no por detrás, práctica, según él, «homosexual ortodoxa», una palabra que sirve para definir muchas cosas, pero que en síntesis se refiere a lo normal. «Ninguno de ustedes es ortodoxo», nos aseguró. «Quédense tranquilos. No hay nada que temer».

Hace un par de días, acercándonos al refugio me di cuenta de que algo malo lo rondaba. Subiendo la colina tupida de helechos, que lo rodean, divisé el cartón del tamaño de un afiche de películas, que, sin alcanzar a leer lo que tenía escrito, intuí lo que decía. Vinski movía su cabeza lentamente para los dos lados, al mismo tiempo que Reed comentaba que los cobardes ocultan sus fechorías.

¡Cuidado! Queer sector, decía el letrero que colgaba de una rama y giraba lentamente como los ahorcados. Más abajo firmaba, en letras más pequeñas: *La Conciencia de Glee Hill*.

En la cancha de rugby jugaban los que siempre juegan a esa hora, y poco más cerca dos tipos que ubico vagamente y que no me llaman demasiado la atención, subían con redes en busca de mariposas. Cuando leyeron el letrero nos miraron como si hubiesen visto bichos que no valía la pena perseguir y siguieron su camino. Sus voces se perdieron entre los helechos en el mismo instante que a la distancia el expreso a Londres parecía una serpiente gris deslizándose entre los bosques. Desapareció tras una colina y su columna de humo negro quedó flotando antes de desintegrarse en el viento.

A media altura del roble, cada cual instalado en su lugar, nos preguntábamos qué hacer para vengarnos de Harrison y sus ataques a nuestra honra. Reed opinó que habrá que ser estratega, como en el ajedrez, utili-

zando bien de lo que disponemos. Se paró y echando una mirada a su alrededor desde su puente de mando —lo aceptamos en el refugio a pesar de las condiciones que puso: básicamente un sitio a mayor altura y con vista panorámica— nos preguntó si estábamos dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias, a lo que nosotros, a medias, le contestamos que sí. Entonces se sacó los anteojos y los estuvo limpiando un buen rato antes de decirnos: «Bueno. Esto es lo que vamos a hacer. Montaremos una campaña de exageración de lo que nos acusan. Cada vez que nos digan queers, les aseguraremos que así es, que en efecto somos de esos y sin ir más lejos instalaremos letreros alrededor de este árbol, firmados por nosotros y en los que digamos, por ejemplo: “Territorio de maricas, no pasar, peligro de contaminación”, o bien: “¡Cuidado! La persona que traspase esta señal está en peligro de convertirse automáticamente en queer”. ¿Me entienden? Será muy efectivo, se los aseguro».

Vinski permaneció un instante pensando. Se pasa la mayor parte del día en eso, pero esta vez noté que estaba considerando la proposición de Reed seriamente. Yo ya les había dicho que no creía que hubiese mucho que hacer al respecto y me guardé el presentimiento de que sus proposiciones siempre traen lo que él mismo llama represalias; o sea, que todo rebota de vuelta en uno, pero en forma más violenta. Reed pasa castigado. Le dan más varillazos que a ningún otro tipo del colegio y está considerado lo que aquí llaman *a pain in the ass*. Pero es respetado. Por algo el prefect Francis llegó a un acuerdo con él para que le escribiera una composición acerca del sentido del monólogo en la obra de Shakespeare, a cambio de perdonarle diez futuras faltas. Reed tiene las cosas claras. A mí me impresiona bastante, pero igual siento que hacerle caso en algo tan delicado es un riesgo. Lo que no quiero

es estar en boca de las personas y que me sucedan cosas desagradables.

Pero Reed estaba muy entusiasmado. Me dijo: «Mira, Antonio. Cuando estés jugando rugby y alguien te diga o te dé a entender que eres queer, inmediatamente le sonríes y le haces una mueca, ¿me entiendes? Con eso lo vas a desorientar, incluso hasta le puedes lanzar un beso, aunque admito que puede ser demasiado extremo... En fin, tienes que hacer lo que la circunstancia te dicte. Debes usar tu intuición, no olvides que es tu mejor arma defensiva. La otra arma de que dispones son tus virtudes rugbísticas. Tengo entendido que eres hábil. Eso hace que las cosas les sean aún más difíciles de entender. Los queers, según estos retardados, no pueden jugar rugby. Eso también va para ti, Vinski. Verán, de esa forma los derrotaremos y quedarán como estúpidos, cosa que no será muy difícil porque eso es exactamente lo que son».

En rugby ando bien. La sensación de arrancar y correr tan rápido como puedas, esquivando a otros tipos, es excitante, al igual que taclear, que es lo que más me gusta, sobre todo cuando llueve y la cancha está resbalosa y el tipo que vas persiguiendo es rápido y sabes que tienes apenas «esa» oportunidad que no siempre aprovechas. Me gusta la ropa que usamos: las camisetas listadas, los pantalones abiertos en los muslos, los gorros con que entramos a la cancha y que haya gente que aplaude. La verdad es que me gané el puesto de *lock* y la próxima semana jugaremos contra Saint Albans. Será mi primer partido por el colegio y es una de las cosas que me pone contento, a pesar de que en el equipo también juega Harrison y que en los partidos de práctica jamás me pasa la pelota. Talbot tampoco. Romano sí lo hace, pero después tiene que pedir perdón a sus amigotes.

Siento que he ganado algo superior al conseguir ser el *lock* del equipo. Al menos ya puedo usar un gorro con los

colores del colegio y no el gris que usan los alumnos corrientes, los plebeyos. Pero no quiero soñar, a pesar de que el Father la otra noche me llamó a su escritorio y no para darme varillazos, sino para explicarme la teoría del rugby.

«Rugby, rugby, Antonio. Tú ya lo sabes, se mete entre los huesos y te hace dormir bien. Es una ilusión inocente... —y agregó, yendo al canasto a recoger una pelota que lanzó a mis manos y que no pude atrapar y quedó dando botes desordenados en el piso—: El rugby es una lucha sin otra retribución que la alegría. ¿No te parece maravilloso? Para que sepas, fui wing tres cuartos de Cambridge. Corría como pocos, tal vez no tanto como tú, pero tenía eso que a ti te falta —y, apretando los puños, gritó—: ¡Determinación! Eso que en los últimos metros es esencial... Llegar, Antonio. Llegar como sea. Eso te falta. Mira —y se puso en posición de carrera—, tú corres como el viento, pero en los últimos metros, cuando ya te falta el aire, ahí es donde tienes que sacar el segundo aliento para llegar. Eso te hará grande, superior...».

Se quedó mirándome inclinado sobre mi cara. Luego, con voz de susurro, agregó: «Claro que eso lo vas a conquistar sólo si tomas conciencia de ti mismo, si te esfuerzas. Si luchas. De eso hablamos la vez pasada. Está todo ahí, pero para ello tienes que estar en paz contigo mismo». Después, cogiéndome del cuello, me preguntó: «¿Por qué no te confiesas? Vamos. Estar en la buena con Dios es lo primero. Mira, yo sé todo lo que pasa en cada uno de los dormitorios. Tanto de los que tengo a cargo mío como los de los otros. No quiero hacerte pasar un mal rato, pero confíesate. La confesión te liberará de tus angustias. Vamos, arrodíllate. Vamos». Muy rápido comenzó las oraciones de la confesión.

Enrojecí de vergüenza. Con la cabeza junto a sus rodillas y su mano en el cuello, le confesé casi todo. En

el fondo necesitaba vaciar mi basura. Por eso, mientras le iba contando lo que hacíamos con Vinski, al mismo tiempo quería decirle que me sentía humillado por todo ello y muy apenado, además de no poder hablar estos asuntos sin que me tuviera con la cabeza entre sus rodillas, asfixiado por el olor de su cuerpo. Pero no fue posible. Me habría gustado conversar acerca de mis dudas y explicarle que fingir que uno es mujer no es lo mismo que ser un ortodoxo. Hubiese preferido la oscuridad del confesionario, en donde sí siento que me estoy confesando con Dios. Fue muy malo, muy doloroso, y en un momento se me soltaron algunas lágrimas.

«Es difícil perdonar algo así. No es sencillo. ¿Pero quién es el demonio? ¡No me lo digas! Es sólo una manera de decir, pero no cabe duda de que entre ustedes está el demonio. Tienes que jugar mucho rugby y pedir perdón a Dios», repitió varias veces, ordenándome que le explicara cómo lo hacíamos. Me escuchaba en silencio. Su mano recorría mi cuello siguiendo la línea de las orejas y luego bajaba por la espalda, mientras las lágrimas me inundaban la boca con sabor a sal. Luego cambiaba brusca-mente: hundía sus dedos en mi cuello y agitaba las rodillas mientras me decía cosas que salían filtradas entre sus dientes. No recuerdo haberme sentido tan humillado nunca. Las palabras brotaban de mi boca como escupitajos secos, cada una un esfuerzo, un castigo que íntimamente no creía merecer; peor aún, esa horrorosa sensación de sentir que estaba absolutamente abandonado.

«Nos tocamos. Nos abrazamos, Father».

«¡Cómo! ¿Acaso se besan...? Pero por Dios, ¿qué hacen? Dime, explícame. Tienes que ser franco. Vamos. Ten confianza. No temas. Si estás en confesión. No puedes mentir ahora. ¡Vamos!».

«No, Father, no nos besamos. Sólo hacemos eso...».

«Pero... ¡Cristo! Dios santo, ¿me vas a contar de una vez qué es lo que malditamente hacen, o le estás tomando el pelo al sacramento de Dios? No voy a tolerarlo. Bueno, ten calma. Tómate tu tiempo, pero de una vez echa afuera tu tormento. Es la única forma en que puedes aliviar tu conciencia. A ver, ¿vas a explicarte o no?».

Finalmente me dejó ir. Abrió sus rodillas bruscamente, muy molesto, como si un animal horrible lo hubiese baboseado. Durante un instante, hincado, con la cara inclinada sobre el piso, no tenía dónde ir, dónde refugiarme, en qué rincón esconderme, y un grito de dolor estuvo a punto de brotar de mi garganta. Fue un gemido que apenas salió de mis labios, un pequeño sonido, un lamento que de inmediato me pareció ridículo y me hizo volver sobre todo mi ser para verme como esa hormiga que en el piso buscaba su camino sin rumbo: dos pasos en una dirección, dos en otra, desorientada, atrapada por fuerzas misteriosas, sonidos, golpes, luces violentas. Me puse de pie sin mirarlo. Oculté mi cara y me dirigí a la puerta. Pero antes de abrirla me tomó del cuello y se pegó a mi espalda murmurando cosas tales como: «Ya se te pasará, no llores, es bueno estar en la buena con la conciencia...». Intenté abrir la puerta, pero me apretó con fuerza hacia su cuerpo. Sentí sus músculos tensarse. Luego de un momento horroroso que tardó una eternidad en concluir, me dejó ir en silencio. Entré al baño y me encerré en un privado. No recuerdo cuánto rato estuve ahí con los ojos tapados, mientras en la cabeza una bola oscura giraba y giraba en un espacio aún más oscuro. Después, acurrucado bajo las sábanas, intenté pensar en Ella, pero no pude. Traté de llorar. Tampoco pude llorar.

En la puerta del dormitorio amaneció otro cartel que decía *Queer Dormitory*, que Roger arrancó de cuajo. Muy enojado, lo hizo pedazos jurando que iba a averiguar quién había sido el bastardo, porque lo iba a estrangular, y estrujaba la toalla mostrando cómo lo haría. De pasada, Reed le preguntó por qué no iba directamente a estrangular a Harrison, que en ese preciso instante se estaba secando junto a la ducha. Entonces dudó y, mirando a Reed muy enojado, se metió bajo el chorro de agua helada. No entiendo por qué Roger, que está en el equipo de box del colegio y es un tipo rudo, muy ancho de espaldas y musculoso, que antes de acostarse hace mínimo cien flexiones y que no cabe dentro de la chaqueta —no se abrocha el botón del cuello de la camisa porque no le cruza—, aparte de que tiene campos en Australia y que, según él, caza cocodrilos a mano pelada, le tiene miedo a Harrison. Todos le tienen miedo. Yo también. Es que no es un asunto de quién le puede pegar. Es otra cosa. Tiene algo así como un pacto con el diablo, porque hasta el Father lo respeta, aunque seguramente lo hace para no complicarse la vida con su mejor jugador de rugby. En todo caso, Harrison nunca hace nada que esté mal, vale decir: no habla en la fila, no se ríe de tonterías, muecas, bromas, no llega nunca tarde a ninguna parte, no es revoltoso, hace sus tareas y es regular en todo. Hasta se defiende en latín y poesía. Recita sin que le cambie el tono de la voz, tocándose una oreja y mirando al Father sin pestañear. Está claro que en la cancha de rugby es su preferido. El capitán es O'Shea, pero todos sabemos que el mejor jugador es Harrison. En los partidos sólo dice cosas como: mía, hazte a un lado, entrega luego esa pelota, imbécil, taclea, y especialmente repite «bastardo» a cualquiera que se equivoca. Harrison es un gran *fullback*. Mide alrededor de un metro ochenta y cinco, es rápido —algo menos que yo— y juega

con las mangas arremangadas y el cuello de la camiseta subido. Taclea muy duro y sus hombros se estrellan en las piernas del contrario al mismo tiempo que sus manos lo atrapan como tenazas. Da miedo cuando se acerca, como esos perros que no ladran pero que se sabe que si vienen es para morder. Los del equipo júnior lo van a ver jugar y después de los partidos se le acercan a palmotearle la espalda. Lo del mito que habla Reed tiene mucho que ver con el rugby. Por algo las paredes del comedor están repletas de fotografías de equipos y jugadores de brazos cruzados, luciendo la insignia del colegio en el pecho y en la cabeza la gorra de flecos coquetos cayendo hacia un costado de la cara, todos mirando al fotógrafo con un aire de que están pellizcando la gloria. A veces me detengo a observarlos: algunos sonríen, pero la mayoría tienen miradas sumamente severas, tipos de otros tiempos, algunos de antes de la primera guerra, sacando pecho, mirando a la cámara con decisión. Es extraño, pero cuando uno enfrenta la cámara, de alguna manera queda al desnudo. Pero he descubierto caras de jugadores de rugby que me habría gustado tener a mi lado, tipos que en sus miradas tienen una luz sin soberbia, pacífica y a la vez valiente. Hay una fotografía frente a la que me suelo detener: Alan Belford. *Captain, First Fifteen, 1935-1937*, grabado sobre una placa de bronce que dice: *Su Spitfire no volvió de la misión sobre Francia. El último acto, como en el campo de rugby, fue acudir en auxilio de un compañero en apuros. Y más abajo, firmado por doce oficiales compañeros de escuadrón de la RAF: En homenaje a un gran tipo y para el honor de Glee Hill. Su cara es seria, consciente de que es el capitán del equipo, de algo que sospecho es lo que más importa en este lugar, al menos lo que más gloria le da. Glee Hill no es un colegio tan grande como Eton, Rugby, Downside, Douai o Marlborough, pero sus equipos de*

rugby compiten mano a mano con éstos, y en su mirada se nota la responsabilidad. La sonrisa de Belford está contenida en un ligero giro de los labios y en la calidez de sus ojos, pero sobre todo en la pose: sin gorro, el pelo desordenado y las manos en los bolsillos del pantalón. No sé si es por el homenaje de los pilotos o por lo atractivo que se ve en la fotografía, miss Abbie, a mis espaldas, lo corroboraba con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados: «Yo lo conocí. Era francamente fantástico».

Lo observo y comprendo que más allá de un oculto destello de vanidad, sus ojos no tienen nada que esconder. En el fondo descubrí que tiene el mismo aire del tío Armando, ese soplo de saber que le fueron donadas demasiadas cosas buenas y de no querer que se le noten.

Esa misma tarde subí a la sala de lectura y busqué el álbum del año 1937. Alan Belford, 1919, era el segundo hijo del sexto conde de Belford, que figura en varias fotografías y es mencionado en casi todas las actividades del colegio: capitán del equipo de rugby que ese año derrotó a Rugby School, miembro del equipo de boga, prefect y miembro destacado del grupo de teatro. Al final, en la lista de egresados del año, encabezada por una foto, están las opiniones del director, del sacerdote a cargo de su color-verde- y finalmente la de un compañero de curso, Fittzimmers, que es la que más me llamó la atención y que extrañamente coincide con la opinión que Belford tiene de sí mismo, y que su amigo se permitió escribir:

«¿Quién soy yo? –me dijo Alan, una tarde caminando por los prados del colegio, víspera del final de nuestra estadía en Glee Hill, y ya conscientes de una guerra inevitable—. No lo sé, Patrick, amigo querido, tal vez sólo un suspiro de lo que sospecho que soy, apenas una buena persona”. Pero Alan era más

que eso, indudablemente; aunque yo, en esta breve reseña, quisiera respetar sus palabras sencillas y tan modestas, las de alguien que siempre estuvo al lado de los menos afortunados. Porque, ¿quién se quejó de alguna acción injusta de su parte? ¿Quién no quería a este allrounder que, aparte de guiar con su habilidad y energía al equipo de rugby a las más inolvidables victorias del colegio, además escribió la obra de teatro *Be it so*, que tanto nos emocionó? Recordaré un pasaje que en síntesis nos hablará del alma de Alan, más que muchas de mis palabras. El personaje central de la obra, aquel mínimo fogonero del tren caletero a Bakewell, siente haber perdido a su hijo, al menos espiritualmente, cuando éste, luego de una triste discusión, le reprocha su vida mínima y su incapacidad para sumarse a la huelga ferroviaria: “No lo hago, y no porque no sea justa. Lo es, en verdad, y mal no me vendrían un par de guineas para mejorar lo indispensable. ¿Pero qué quieres? Yo no trabajo por guineas. Yo vivo simplemente de ver cómo el carbón alimenta las calderas, de cómo ese esfuerzo mío mueve a la vieja locomotora y de mirar los bosques, los prados y colinas tan bellas que alimentan mi corazón... Qué quieres, hijo, ¿acaso que mis gritos violenten la paz? Es verdad, aquí en esta casa falta casi de todo, pero créeme, a mí no me falta mucho. Y no me creas cobarde. Algún día comprenderás que la injusticia no está en los demás, sino en la medida de nuestras ambiciones...”. ¿Conformismo, resignación? Tal vez, pero todos quienes conocemos a Alan sabemos que es un luchador, pero también sospechamos que su esfuerzo va dirigido a otras zonas de nuestro ser, más recónditas y, Dios sabe, más loables...».

Cerré el libro y me pregunté por qué Harrison no quiere ser como él. No sé qué se lo impide, pero siento que está atrapado y que se maldice por ello. Tal vez en otras circunstancias, por ejemplo a bordo de un caza Spitfire, también sería valiente, sin temor a la muerte y capaz de arriesgar su vida por un amigo. Son las circunstancias, como repetía el tío Armando cada vez que escuchaba comentarios negativos de alguna persona. Vaya uno a saber cuáles son sus circunstancias.

En todo caso, Reed lamenta que Harrison se haya convertido en un mito detestable y nos asegura que habrá que ponerle «coto» porque de lo contrario al poco tiempo nos vamos a encontrar con una especie de semidiós arrogante al que todos querrán imitar y, lo que es peor, admirarán sólo de ignorantes. Y agrega: «No permitiré algo parecido en este establecimiento. Voy a bajar del pedestal a ese fraude».

A veces observo a Harrison. Si bien lo suelen acompañar Romano, Talbot, O'Shea y otros tipos más, la mayor parte del tiempo anda solo. Alguien que se pasa los recreos de la tarde con los ojos puestos en cosas lejanas y que puede estar horas con una paja entre los dientes sin sonreír, sin abrir la boca, es tan sólo como ese rey jorobado de la película del domingo, *Ricardo III*, quien asesinó a su medio hermano, a su mujer y a sus dos sobrinos niños, para convertirse en rey. Esa noche no pude dormir pensando cuánto se parecían.

Temo que en algún momento, en algún sitio, tras una puerta, al final de un corredor, en un recodo del bosque, en algún paseo por los caminos de los alrededores, en la penumbra del cine del pueblo o el mismo día que abandone para siempre este colegio, me hará eso malo que presiento. Pero no es él solamente. Harrison es la cabeza del témpano. Enredado a él está todo lo oculto,

todo lo escondido que me persigue. Temo los pasillos solitarios, quedarme dormido, caminar solo por el bosque, que el Father me llame a su escritorio. Por eso me pego a Vinski, a Reed, y hasta me aferro del gordo Middleton, y hay veces que sueño despierto que Alan Belford aparecerá de pronto caminando con las manos en los bolsillos para instalarse a mi lado y que con su sola presencia las cosas cambiarán.